



LAS TALLAS DE SAN FRANCISCO, DE LA PAZ

EN el corazón de la cuatro veces centenaria ciudad de La Paz, envuelta por el torbellino cosmopolita, se yergue la mole adusta y recia de San Francisco, que en medio de las líneas escuetas y frías de la arquitectura moderna, muestra su noble perfil evocativo y encierra verdaderos tesoros en madera tallada, de un gracioso neobarroquismo.

Igual que antaño, de su ancha torre vuelan todavía sobre la ciudad los bronces sonoros de las campanas de San Francisco. Son las mismas que conmovieron los corazones

cristianos que en los primeros siglos de la fundación de la ciudad acudieron a rendir culto en la Casa de Dios. Igual que antaño, los fieles que hoy asisten a los oficios divinos en San Francisco, de La Paz, observan con gran admiración el abigarrado encaje de madera dorada que constituye las tallas de sus altares y retablos. Pero pocos habrán penetrado en el misterioso mundo que las gubias de los tallistas indígenas han en-

Por RAUL CALDERON SORIA

errado en cada curva, en cada rizo, en cada figura humana o zoológica, en cada pájaro aprisionado por



Dios y de sus fieles». Quedaban entonces por hacerse las torres, una de las cuales se levantó un siglo más tarde, y resultó un añadido desproporcionado y fuera de estilo.

El Obispado de La Paz había creado un tipo de construcciones religiosas más o menos uniformes, en cuyas líneas fundamentales se deja ver el concepto tradicionalista de la arquitectura. Bajo esa influencia, un poco contaminada de las innovaciones que llegaban de la Península y se desarrollaban en los asientos de los virreinos, se construyeron también las iglesias del Altiplano. Sobre la base de esos conceptos generales: sobrias de línea y de claro sabor hispánico, los artistas nativos dejaron en estos templos americanos huellas de su propia emoción plástica. Así nace una nueva estética, que no es puramente americana, pero que tiene mucho del alma y la sensibilidad indígenas. La existencia de esta manifestación artística propia, dentro de la historia de la arquitectura universal, es debida a varios factores que han contribuido a su formación. La primera y principal es la razón geográfica: La Paz, aunque situada entre el Virreinato de Lima y la Real Audiencia de Charcas, no era, sin embargo, el nexo entre ambas: se encontraba aislada de las corrientes de moda, que aquellos centros recibían de las Cortes de España. Así, mientras en Lima y Chuquisaca una forma señorial y esbelta dominaba su arquitectura,



el tallista. La iglesia comenzó a construirse en el año de 1743, con dineros que el minero Diego Baena, descubridor de yacimientos del río Orco, donara en cumplimiento de religiosa promesa. Para su realización se usó la piedra roja parduzca de Viacha, pueblo cercano a la ciudad, por ser fácil para la talla. Los alarifes fueron escogidos entre los más destacados, y una infinidad de obreros indígenas fueron utilizados por su habilidad en la construcción. Asimismo fueron reclutados los mejores tallistas, que formaron un conjunto de verdaderos artistas, a los que se deben las tallas de San Francisco, consideradas como una verdadera joya.

Las bóvedas se cerraron el año de 1768, y, cuatro años más tarde, el Prelado don Gregorio Francisco de Campos hizo entrega del templo «para el servicio de las cosas de



en La Paz se expresaba con más vigor el nacimiento de un arte de conjunción, con un sello nativo fuerte y personal.

A esta razón fundamental se añade el proceso que a través del tiempo había sufrido el criollo, quien en su maduración imponía modificaciones en el gusto hispano. Puede explicarse este proceso curioso, que se plantea en algunos elementos de la arquitectura de esa época, como en los de la casa de los marqueses de Villaverde. Hay otras obras igualmente desconcertantes. Pero como rotunda expresión, en la que parecen converger todos los estilos y las facultades de su tiempo, puede considerarse la creación de una obra magna: el templo de San Francisco. Entre las grandes obras que legó la época española al Alto Perú, es ésta la de más claro significado, por su esfuerzo creador, digno de la influencia hispana y de la meritoria labor del obrero americano.

El templo está construido sobre una planta tradicional tipo basílica, con crucería, ábside y cimborrio. Sus líneas, escuetas y sencillas, en que la mano indígena enriqueció, labrando la piedra a su manera, con elementos decorativos que le eran familiares, imprimiéndole así el sello plástico de su raza milenaria. Es curioso cómo el conquistador, condescendiente, permitió al indígena esa libre expresión de su arte, para lograr de ese modo una mejor convivencia y quizá una mayor devoción religiosa.

Cuando se está ante la fachada principal, parecen surgir, de los paramentos lisos, maravillosos encajes de piedra, ricamente tallada, que forman las portadas. El estilo es plateresco en su esencia, pero complementado por un abigarrado conjunto, en el que las columnas, capiteles, coronamientos, estilobatos, etc., tienen un aspecto nuevo poco común en las obras de este estilo.

El interior del templo es sobrio y grandioso. Reina allí un ambiente místico que lo inunda todo. A este ambiente contribuye la luz, que la piedra de «berenguela», especie de alabastro, deja penetrar por los ventanales abiertos a manera de vitrales. La piedra, desnuda y sin tallas ni molduras, muestra las claras venas de sus juntas en la mampostería oscura. Robustas columnas dan sensación de seguridad, en las que se apoyan bóvedas de gran luz, y la pechina y cimborrio, bien construidos.

Contrastando con tanta sobriedad, se levantan los retablos y el púlpito, como un reproche a tanta rudeza pétreo. Es en el Altar Mayor donde la fuerza imaginativa del indio artífice hace la gran proeza de recargar, sobre la forma clásica, tallas que expresan su propio sentimiento. Ese fué el instante en que el creador indígena nació y se liberaba, en una orgía de mazorecas, «kantutas», cholos, pájaros, ramas y flores, como queriendo ocultar en las sombras y hacer pasar inadvertido a la vista el contenido de una enorme borrachera de formas. Al penetrar en ese mundo misterioso del indígena, nos imaginamos a un niño que ocultó sus objetos más queridos para jugarle una mala pasada al tiempo.

En esta pesadilla de formas sobre formas, la columna salomónica es más y más retorcida, y del tirabuzón de su fuste surgen nuevos tirabuzones cargados de flores, pájaros y frutas, sin perder por eso la línea primitiva. Al igual, capiteles y entablamentos llevan el rico sello de la mano indígena, que, en incansable labor acumuladora, sobrepasan lo creado.

Pero no es tan sólo el Altar Mayor escondite de estos tesoros. Cada uno de los retablos y las puertas se hallan igualmente enriquecidos por la obra de anónimos artistas. Por doquier encontramos cariátides monstruosas, híbridas divinidades paganas mezcladas con animales o con ángeles de caras sonrientes. Entre los animales abundan los de uso doméstico del indio: vacas, llamas, etc. Querían de esta forma rendir tributo con sus propias obras al Dios hecho Hombre.

También se destaca, por su laboriosidad y belleza de líneas, el púlpito. Verdadera filigrana de madera con delicados toques, en la que los escoplos y las gubias eran manejados por manos maestras.

Al ir dejando este recinto queda en nuestro ánimo una sensación admirativa por los alarifes y albañiles que aprendieron el oficio de sus abuelos de Tihuanacu y el Cuzco y que parecen mirarnos desde cada piedra, desafiando el ultraje de los siglos.

